

# Achim von Arnim:

## El inválido loco en el Fuerte Ratonneau (4)

El inventario era correcto y él le ordenó enseguida a uno de sus soldados que se ocupara de los trabajos de elaboración de los fuegos artificiales. El mismo, junto con el otro soldado, trabajó en todos los cañones y morteros, limpiando y lustrando los metálicos y pintando de negro a los de hierro. Tan pronto estaba aquí, rellenando una gran cantidad de bombas y granadas, como allá, colocando la artillería en su posición correcta, para defender el único camino de subida hacia el fuerte. “¡Es imposible tomar el fuerte!”, gritó una vez por encima de las fortificaciones. “¡Defenderé el fuerte, aunque los ingleses desembarquen y ataquen con cien mil hombres! ¡Pero cuánto desorden reinaba en este lugar!” “Así están todos los fuertes y baterías — dijo Tessier —, el viejo Comandante con su pierna de madera ya no puede llegar tan lejos ni ir a todos lados, pero ¡gracias a Dios!, hasta ahora no se les ha ocurrido a los ingleses desembarcar.” “Esto debe cambiar — dijo Francoeur —, prefiero dejarme quemar la lengua antes que permitir que nuestros enemigos tomen Marsella o que les tengamos que temer.”

La mujer le tuvo que ayudar a liberar los muros del pasto y del musgo, a blanquearlo y a ventilar los alimentos en las casamatas. En los primeros días casi no dormían, tanto los hacía trabajar el incansable Francoeur, y con mano diestra él logró que se terminaran de hacer en este breve tiempo tantas tareas como otro se hubiera demorado un mes en finalizarlas. Con tanta actividad, por lo menos le dejaban en paz sus malos raptos; actuaba como urgido, pero todo dirigido hacia una meta fija, y Rosalía bendijo el día que los había traído hasta estas regiones más elevadas, donde parecía que el demonio no tenía ningún poder sobre él. Por el cambio del viento también había variado el clima; el tiempo era más cálido y soleado y hasta parecía que les salía al encuentro un nuevo verano. Diariamente entraban y salían barcos del puerto de Marsella, saludaban y eran saludados por los fuertes a orillas del mar. Rosalía, que nunca había estado cerca del mar, se sentía transportada a otro mundo y su niño, después de tanto penoso encierro en carruajes y posadas, disfrutaba de completa libertad en el pequeño jardín cerrado del fuerte, al que los anteriores habitantes, según costumbre de los soldados, especialmente los artilleros, habían decorado con plantas alineadas artísticamente en figuras geométricas. Y el pasatiempo que más le gustaba al niño, era observar la bandera que flameaba sobre el fuerte, con el escudo flordelisado, el orgullo de Francoeur, un bendito símbolo de su mujer, que había nacido bajo el signo de la flor de lis. Y así llegó el primer domingo, esperado y bendecido por todos, y Francoeur le ordenó a su mujer que preparara algo especial para el almuerzo, ya que esperaba a su amigo Basset. Insistió especialmente en que preparara un sabroso panqueque, ya que las gallinas del fuerte eran buenas ponedoras, y le envió a la cocina una cantidad de aves cazadas por Brunet. En tanto se completaban todos los preparativos, llegó Basset, resoplando y agitado por la subida, a la vez que gratamente sorprendido por la transformación que había tenido el fuerte. En nombre del Comandante también pidió información sobre la marcha de la confección de fuegos artificiales y se asombró ante la gran cantidad de cohetes y balas luminosas que habían sido terminadas. Finalmente, se dedicó la mujer a sus tareas en la cocina y los dos soldados salieron para recoger frutas para la comida. Todos querían disfrutar de ese día y escuchar luego la lectura del diario que Basset había traído consigo. Basset y Francoeur se retiraron con toda tranquilidad al jardín y se sentaron uno frente al otro. Basset observaba a su amigo

atentamente y en silencio y cuando éste le inquirió por el motivo de su actitud, le contestó: “Me parece ver que vuestro aspecto es tan saludable como siempre y que todas vuestras acciones son muy sensatas.” “¿Quién duda de eso? — preguntó Francoeur abruptamente —, ¡eso quisiera saberlo!” Basset trató de cambiar de conversación, pero en Francoeur había surgido algo terrible, su mirada oscura se encendió, levantó la cabeza y adelantó desafiante los labios. Al pobre charlatán de Basset ya se le habían bajado los ánimos, hablaba con voz débil y aflautada como un violín, de ciertos rumores que él había oído en casa del Comandante, de que él, Francoeur, estaría poseído por el demonio, de su buena voluntad de querer hacerlo exorcisar por un sacerdote, el Padre Felipe, al cual había hecho venir antes del almuerzo, con la excusa de rezar una misa en la pequeña capilla del fuerte, que tan alejado estaba de cualquier iglesia. Francoeur quedó consternado ante tales noticias, juró y perjuró que se vengaría sangrientamente de aquel que había inventado semejante mentira acerca de él, que él no sabía nada acerca del demonio y en caso de no existir ninguno, tampoco opondría objeciones, porque nunca había tenido el honor de conocerlo. Basset le aclaró que él era por completo inocente al respecto, que se había enterado cuando el Comandante había hablado en voz alta consigo mismo y que este demonio era incluso el motivo por el cual Francoeur había sido alejado del regimiento. “¿Y quién le llevó esa noticia al Comandante?” — le preguntó Francoeur, temblando de ira. “Vuestra mujer —contestó aquél —, pero con las mejores intenciones de disculparos en caso de algunas felonías por vuestra parte.” “¡Estamos divorciados! — gritó Francoeur, golpeándose la frente con la mano — ¡ella me ha delatado, me ha destruido, ha secreteado con el Comandante! ¡Ella ha trabajado y sufrido por mí interminablemente, pero ahora me ha dañado infinitamente, ya no le debo nada, estamos divorciados!”

Paulatinamente pareció calmarse, a medida de que aumentaba su furia interior; nuevamente vio ante sí a ese sacerdote vestido de negro — tal como los que han sido mordidos por un perro rabioso creen ver ante sí al perro — justo en el momento en que el Padre Felipe ingresaba al jardín y Francoeur le salió al encuentro bruscamente, preguntándole qué quería. Este pensó que era el momento apropiado para comenzar con sus conjuros y le habló enérgicamente al demonio, mientras que con sus manos hacía el movimiento de la cruz ante el rostro de Francoeur. Todo esto indignó a Francoeur, el cual le ordenó, como Comandante del fuerte, abandonar el lugar de inmediato. Pero el impasible Felipe se empeñaba más aún contra el diablo que dominaba a Francoeur y cuando incluso levantó su bastón, el orgulloso militar de Francoeur no soportó esta amenaza. Con demoledora fuerza sujetó al pequeño Felipe por su capa y lo levantó arrojándolo por sobre la verja de la entrada, y si el buen hombre no hubiera quedado enganchado con sus ropas en las puntas de la verja, hubiera sufrido una terrible caída por la escalera de piedra. Cerca de estas rejas estaba puesta la mesa y esto le recordó a Francoeur que había llegado la hora del almuerzo. Llamó pidiendo la comida y Rosalía se apresuró a traerla, algo acalorada por haber estado junto al fuego. Ella preguntó por los dos soldados pero Francoeur dijo: “Oh, ellos pueden comer después, yo tengo tal hambre que podría destrozar al mundo.” Entonces ella puso la sopa en la mesa, sirviéndole la mayor cantidad a Basset por cortesía y se retiró luego a la cocina para preparar el panqueque.

Continuará...

Trad. del alemán: Edeltraut Steger de Pepe.



Nº 12 - BUENOS AIRES/2016 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

## Elogio del descontento.

Los descontentos y los débiles hacen la vida más bella  
(Francis Picabia).

El mundo ha heredado una síntesis de los peores desvaríos de la humanidad: del monoteísmo de Akhenatón a la ley mosaica, del idealismo platónico y su funcional adaptación en el canon de San Pablo, hasta la moral calvinista del capitalismo y el neoliberalismo de la “austeridad” y los mercados. Y luego, modestamente, en una inmunda “zona de libre comercio” donde somos gobernados por una especie de triunvirato entre el presidente electo, el jefe de la Corte Suprema de Justicia y el propietario del principal multimedio del país, ¿que derecho tenemos a pedir o exigir de quienes se dedican a tomar la pluma o el pincel, la cámara o el instrumento musical, que sean “exitosos”, bellos y arrogantes como unos cisnes en sus estanques? Las instituciones democrático burguesas, asimismo en la Argentina, corren aceleradamente hacia el descrédito y la ruina. La venalidad lo ha invadido todo. En un contexto semejante, no es meritorio ser un triunfador.

\* \* \*

He aquí que se han cumplido diez años desde nuestro manifiesto *Señales inconfundibles de miserabilismo...* Y desde entonces las hojas del almanaque — como una fina llovizna de perlas decantadas en el tiempo — no han dejado de confirmar aquel pesimismo fundamental, aquellas alertas necesarias. Desde ya que los pronósticos siguen siendo los mismos o muy parecidos. O inclusive toda clase de síntomas se han agravado y multiplicado. Y las adaptaciones, objeto de nuestro descontento, han llegado a ser innumerables e incesantes.

Los oportunismos y las más innobles aspiraciones de salvación individual

son alentados y exacerbados, puestos al orden del día. Se busca instalar el clima que sea más favorable para los negocios, solidificar una sociedad de matarifes, convencer que el triunfo es de los audaces, de los implacables.

Pero nosotros afirmamos que nada quedará a salvo, de todo este infame popurrí, excepto “la mala suerte persistente de Arnim” y su “ancho abrigo de mangas descosidas, con su piel de cabra, su gorra y el forro roto que le sobresale” (\*). Nada quedará en pie, salvo el sombrero de paja colgado en un clavo, de Borel, o los zapatos gastados de Roberto Arlt, o los restos de la barca del amor de Maiakowski; y jamás, desde luego, los premios para Enrique Molina de la Sociedad Argentina de Escritores, sino la temible navaja sevillana que siempre llevaba escondida entre sus ropas.

Proyecciones, al fin, de otras voces tumultuosas, rumores siempre anónimos, que actúan entre bambalinas y empujan hacia arriba estos precipitados del escándalo.

Es porque los descontentos y los débiles hacen la vida más bella, y más apasionante, que no necesitan para existir de una meritocracia cualquiera, ni de sus aprobaciones ni de sus cucardas, ni llegar a los extremos del *karoshi* (en Japón: “muerte por exceso de trabajo”). Ni aún en el naufragio o el fracaso, ni en el desastre más completo.

JUAN CARLOS OTAÑO

(\*) *Op. cit.*, André Breton, «Introducción a *Les Contes bizarres de Achim von Arnim*», *Apuntar del día*, Monte Ávila, Caracas, 1974 (pág. 110).

## Adiós a Yves Bonnefoy

El poeta francés Yves Bonnefoy, una de las grandes figuras de la poesía contemporánea, ensayista y reputado traductor de Shakespeare y Petrarca, falleció el viernes a la edad de 93 años.

Por analogía, en estos días se ha recordado el episodio en que Bonnefoy, acompañado por el crítico e historiador Jean Starobinski, hizo una última despedida a Jorge Luis Borges en el Hospital Cantonal de Ginebra... Se dice que al retirarse los visitantes, Borges se incorporó súbitamente en su lecho y, haciendo un esfuerzo postrer, les gritó como pudo: “N’oubliez pas Verlaine, n’oubliez pas Verlaine...!”



## Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

### PASAJE BYRON (Villa Luro)

¿Quién de nuestros ediles habrá sido el amante de los poemas de George Gordon, Lord Byron (1788-1824) para otorgarle en 1893 y a título de homenaje una de nuestras calles? Ni Shelley, ni Keats, ni Goethe, ni Schiller obtuvieron un privilegio semejante. Escritores, estos últimos, con los que igualmente podríamos haber logrado algunas líneas sobre nuestro tema. El cráneo de Schiller, por ejemplo, terminó sobre un almohadón en la biblioteca del duque Carl Gustav de Weimar. La cabeza de Goethe era ambicionada por el padre de la frenología, Franz Joseph Gall. John Keats escribió unas buenas “Estanzas de algunos cráneos en Beauty Abbey, cerca de Inverness” con su amigo Charles Brown; pero quizás ninguno de estos calce tan bien a nuestro tema de la cefaléutica como el pasaje Byron en el barrio de Villa Luro.

El caso de Lord Byron podemos incluirlo como el de un poeta que fue más allá de la *poiesis* haciendo posesión y uso material del objeto inspirador. El jardinero de la mansión de Byron, la que había sido una ex-abadía llamada Newstead, encontró la tumba de un abate. El poeta Thomas Medwin dejó registrado el episodio en un libro de conversaciones con el dueño de casa:

“El jardinero, excavando, descubrió un cráneo que probablemente perteneciera a un monje de la abadía, de la época en que esta fue ‘demonsterizada’. Al observar el gran tamaño de la calavera y su perfecto estado de conservación me surgió la extraña idea de hacer con esta una copa. La mandé a la ciudad y me la regresaron muy pulida, con un color semejante al de un caparazón de tortuga.”

Byron decidió a partir de su nuevo recipiente fundar una loggia a la que denominó “La Orden de la Calavera”. Esta consistía en una reunión de amigos con él mismo como ‘Gran Maestro’. Para distinguirse del resto — según Medwin — Byron se vestía con una larga bata negra. La copa era pasada de mano en mano, servida con vino clarete, lo que despertaba las risas nerviosas de los asistentes, además de bromas de dudoso gusto, de esas que suelen surgir ante la intranquila idea de la muerte.

Para mejorar el nivel Lord Byron escribió un buen poema llamado “Líneas escritas a partir de una copa hecha con un cráneo”. Aquí lo ofrecemos en versión de nuestro entrañable poeta de Boedo, Don Ángel Robustillo (1912-2003):

No te amilanes ni ponderes acerca de mi espíritu,  
el que alguna vez habitó este hueso.  
Porque a diferencia de una cabeza pensante  
lo que fluye en mí ya no es aburrido.

Yo viví, yo amé, me sacié como vos.

Y morí. La tierra se sacó de encima mis despojos.

Escanciá nomás, ya nada puede ofenderme.  
La lombriz tiene labios más feos que los tuyos.

¡Cuánto mejor es contener la uva efervescente  
que incubar allá abajo una cría de parásitos!  
Rodear en esta copa la bebida de los dioses  
a ser con mi forma el alimento de gusanos.

Donde alguna vez mi ingenio brilló  
permitime ahora volver a brillar.  
Y cuando a vos te toque el turno de partir  
¿qué mejor que vaciar tu contenido en vino?

Dale mientras puedas, señor de este lado.  
Mientras vos y los tuyos están aquí.  
Un poeta podría rescatarte de la tierra  
y rimar y regodearse en tu muerta compañía.

¿Por qué no? Si por causa del día breve de la vida  
nuestros cráneos terminan rellenos de tristeza.  
Qué alguien nos redima de las larvas y el detrito  
y como cráteras se nos permita tener un buen fin.

No obstante el poema y el intento de ennoblecer la copa Byron tenía su escala de valores. Al parecer no daba igual cualquier cabeza:

— Usted parece tener una predilección particular por los cráneos y los huesos — le señaló el poeta Medwin extendiendo la conversación sobre el tema — Un amigo me contó que le trajo algunos restos de Suiza.

— Sí — le respondió Byron — son del campo de Morat. Cualquier hueso de esos héroes vale más que todos los cráneos de monjes que alguna vez pueda desenterrar aquí.

La batalla de Morat fue un encuentro que tuvo lugar en 1476 en que el Ejército Confederado de Suiza destruyó a la tropas de Charles I, duque de Burgundia dejando un tendal de siete mil muertos. Por años, con solo escarbar un poco, se podía uno encontrar con los restos de los soldados caídos en combate. Byron, en su Canto III de su Childe Harold’s Pilgrimage le dedica unas líneas:

“Morat, la orgullosa, el campo patriota, donde el hombre puede llegar a vislumbrar los macabros trofeos de la masacre.”

#### FUENTES:

— *Conversations of Lord Byron: noted during a residence with his lordship at Pisa, in the years 1821 and 1822.* pág. 69-73, por Thomas Medwin, editado convenientemente dos meses después de la muerte de Byron, en julio de 1824. Printed for Henry Colburn, New Burlington Street, Londres.  
— Carpeta de manuscritos de Ángel Robustillo, cedidas gentilmente por Helena Figueras de Robustillo, archivo del Teatro Rioplatense de Entidades.  
— *Childe Harold’s Pilgrimage*, Lord Byron.

VICENTE MARIO DI MAGGIO  
Director encargado del Tre



MARIELA ARZADUN, *La pura sangre.*



GERARDO BALAGUER / JUAN CARLOS OTAÑO.  
Narciso Laplume escribiendo una misiva a Mattias Forshage..

## Proverbios al uso de los soberbios inmortales.

En la casa de los irresponsables el caldo de la mañana se sirve Mañana.

\*

La medicina no perdona.

\*

Para comer mentira y decir pescado hay que tener mucho cuidado.

\*

Aunque me eches los perros al rabo, al final me entenderán y se irán conmigo.

\*

Ningún mono ve su propia cola, ni siquiera en el espejo.

\*

La espada del pusilánime la empuñan sus representantes mercenarios.

\*

Curas y frailes, cornudos sin alas.

\*

Un sueño es el domingo eterno de la sustancia misma.

\*

Si quieres conocer a Inés, bebe de su jerez.

\*

Al hierro ha de golpeársele sin esperar por eso respuestas fabulosas.

\*

Es en vano hacer la presa después de irse la libertad.

\*

Dios no cumple antojos ni endereza jorobados, sólo se cobra su aguinaldo.

LEANDRO RAMÍREZ / TOMÁS DE LUCA..



(2006-2016) : Otro paseo por Las Condes...